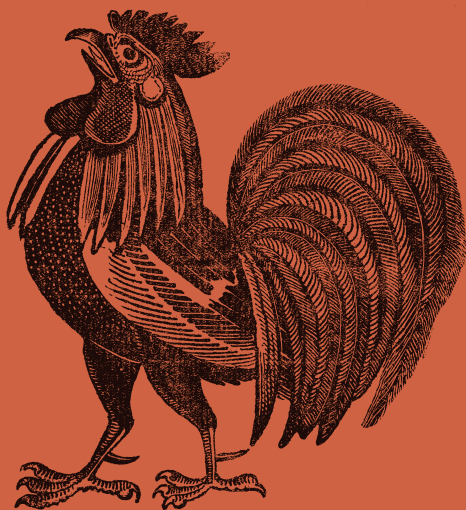


EL GALLO



DE ORO Y OTROS
RELATOS

JUAN RULFO

EL GALLO DE ORO

Juan Rulfo

Textos *José Carlos González Boixo* y *Douglas Weatherford*

LA FÓRMULA SECRETA

Juan Rulfo

Nota y fijación *Dylan Brennan*

OTROS RELATOS

Juan Rulfo

EDITORIAL RM & FUNDACIÓN JUAN RULFO

M É X I C O

ÍNDICE

- 7 Esta edición
- 15 El gallo de oro
JUAN RULFO
- 81 Sinopsis
JUAN RULFO
- 87 Valoración literaria de la novela *El gallo de oro*
JOSÉ CARLOS GONZÁLEZ BOIXO
- 97 Las raíces cinematográficas de *El gallo de oro*
DOUGLAS J. WEATHERFORD
- 109 La fórmula secreta
JUAN RULFO
- 117 Sobre *La fórmula secreta*
DYLAN BRENNAN

121 Otros relatos

129 La vida no es muy seria en sus cosas

133 Un pedazo de noche

143 Cartas a Clara – XII

149 Castillo de Teayo

157 Después de la muerte

161 Mi tía Cecilia

165 Cleotilde

175 Mi padre

179 Igual que ayer, dijo el padre

183 Susana Foster

185 Iba adolorido, amodorrado de cansancio

191 Ángel Pinzón se detuvo en el centro

199 El descubridor

JUAN RULFO

ESTA EDICIÓN

Es mucho lo que sabemos hoy sobre la historia de *El gallo de oro*, gracias a los documentos del archivo de Juan Rulfo y los recortes de prensa que reunió sobre sus vínculos con el mundo del cine. El texto de esta breve novela fue estudiado en fecha tan temprana como 1986¹ por José Carlos González Boixo, bien conocido por los estudiosos del autor jalisciense y a quien invitamos a colaborar en este libro con un ensayo que recoge su apreciación de la obra en aquel tiempo y a la luz de los nuevos datos que pusimos a su disposición. Otro conocedor de la obra de Juan Rulfo, Douglas J. Weatherford, inmerso desde hace un tiempo ya largo en la más completa investigación sobre las

¹ “*El gallo de oro* y otros textos marginados de Juan Rulfo”, *Revista Iberoamericana*, LII, 135-136, abril-septiembre, 1986, pp. 489-505.

relaciones de Rulfo con el cine,² y a quien remitimos también la citada información, aceptó nuestra invitación para aportar su punto de vista sobre esta peculiar obra del autor de *El Llano en llamas* y *Pedro Páramo*. Con los textos de ambos investigadores apareció la nueva edición de *El gallo de oro* en 2010, y con una distribución diferente de los mismos textos en 2016. González Boixo y Weatherford, así, permitieron releer o conocer *El gallo de oro* desde una perspectiva más informada y formarse un juicio muy sólido sobre la segunda novela de Rulfo. Y no debemos omitir como lectura recomendable, antes de entrar en materia, el texto de Alberto Vital publicado en 2006 y donde analiza la breve narración desde nuevos puntos de vista.³

Para esta edición, que aparece en 2017, cuando se cumple el Centenario del nacimiento de Juan Rulfo, hemos tenido en cuenta que la ambiciosa investigación de Douglas J. Weatherford sobre Juan Rulfo y el cine aparecerá en libro de manera casi simultánea, incluyendo el guión de la primera versión de la película homónima de la novela, elaborado por los escritores Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez e, igualmente, el director Roberto Gavaldón. Ya con el texto de este guión publicado, más el análisis del mismo que hace Weatherford en el nuevo libro mencionado, consideramos abreviar lo que tanto él como González Boixo (quienes dedicaron parte de su texto de 2010 a deslindar la segunda novela de Rulfo

2 Un adelanto de su trabajo se puede ver en el artículo “*Citizen Kane* y *Pedro Páramo*: un análisis comparativo”, en Víctor Jiménez, Alberto Vital y Jorge Zepeda (coords.), *Tríptico para Juan Rulfo*, Congreso del Estado de Jalisco-Universidad Iberoamericana-Universidad de Aguascalientes-Universidad de Colima-Editorial RM-Fundación Juan Rulfo-Universidad Nacional Autónoma de México/Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial-Facultad de Filosofía y Letras, México, 2006, pp. 501-530; en adelante, *Tríptico*.

3 “*El gallo de oro*, hoy”, en *Tríptico*, pp. 423-436.

de lo que entendemos como “guión”) escribieron inicialmente. Es así como sus textos aparecen ahora más cortos, y mucho agradecemos su buena disposición para hacer estas versiones *ex profeso*.

Los documentos muestran que en 1956 Rulfo se encontraba trabajando en una historia sobre el mundo de las peleas de gallos y lo urgían a terminar la misma para llevarla a la pantalla, aunque sólo en enero de 1959 procedería a registrar su “argumento para cine”, como fue designado entonces. Rulfo no había avanzado a la velocidad que los productores de cine deseaban, pero cuando su texto llegó finalmente a manos de ellos tuvo que pasar todavía un lustro para la realización de la película.

No se conserva el original, escrito a mano o a máquina, de Juan Rulfo. Debió entregarlo al productor Manuel Barbachano, quien habría dispuesto que se mecanografiara hasta conseguir un texto de 42 cuartillas. Revisándolo con cuidado queda claro que quien hizo ese trabajo tenía habilidades profesionales con la máquina pero era poco versado en la transcripción de originales literarios. No se observan en el manuscrito criterios homogéneos de disposición del texto en situaciones similares y se advierten errores u omisiones típicos de una mecanografía rápida. Una copia al carbón de este manuscrito, con una portada que agrega la fecha de su registro (9 de enero de 1959), quedó en manos de Juan Rulfo, como ya consta en la biografía escrita por Alberto Vital, *Noticias sobre Juan Rulfo*,⁴ y como amplían aquí González Boixo y Weatherford.

⁴ Alberto Vital, *Noticias sobre Juan Rulfo: 1784-2003*, Editorial RM-Universidad de Guadalajara-Universidad Autónoma de Aguascalientes-Universidad de Tlaxcala-Universidad Nacional Autónoma de México-Fondo de Cultura Económica, México, 2003, p. 160.

En el archivo de Rulfo existe además un par de documentos fechados el día anterior, 8 de enero de 1959, vinculados al mismo trámite. Uno es el original mecanográfico de una “Sinopsis” casi con seguridad escrita directamente por Rulfo, si bien en una máquina distinta a la suya (no parece hecha por un mecanógrafo profesional, aunque sí por uno experimentado, como lo era Rulfo). Este resumen seguramente era exigido por la oficina encargada de aquellos asuntos. A pesar de tratarse de una síntesis aparecen en ella datos que no figuran en el “original” completo. El otro documento es el formato de un “Certificado de Registro” impreso en papel del Sindicato de Trabajadores de la Producción Cinematográfica de la República Mexicana (ante el que se hacía el registro de las obras), donde se reconoce a Rulfo como autor del “argumento cinematográfico intitulado DE LA NADA A LA NADA”. No sabemos por qué aparece este nombre alternativo, ya que tanto en la Sinopsis como en el original sólo figura “El gallo de oro”. La Sinopsis, inédita hasta 2010, se incluye asimismo en esta edición.

Rulfo no pensó en publicar este “argumento”, que resulta ser en realidad una pequeña novela (nunca un “guión”, como a veces se dice), pero en 1980 alguien que tenía en sus manos el original del manuscrito depositado en la oficina de Manuel Barbachano lo presentó a un editor, ERA, y éste decidió proponer su edición. Rulfo accedió sin excesivo entusiasmo al considerar que era algo preparado con una película a la vista, ya realizada, y no quería volver a una obra *abandonada* (para usar el término de Paul Valéry cuando quería referirse a la conclusión de un texto literario) hacía más de dos décadas. No hizo observaciones durante el proceso de edición y sin duda hubiese sido muy útil que aceptase ser consultado, pero

esto no ocurrió. El editor descubrió las ya mencionadas inconsistencias de la mecanografía y corrigió las más notorias. No todas, sin embargo.

Nuestro trabajo ha consistido en unificar los criterios discrepantes utilizados en el “original” en materia de puntuación y signos que deberían acotar al narrador y los distintos personajes, así como en los bandos y agrupamiento de versos cuando de la transcripción de canciones se trata. Las expresiones entrecomilladas se sistematizaron, así como las mayúsculas en los sobrenombres de ciertos personajes. Es decir, un cuidado de edición muy detenido, que pudo hacerse antes. No podemos ahora preguntar nada a Rulfo y podrían despertarse algunas inquietudes en el lector atento. También las hemos experimentado nosotros... limitándonos a ello. Nuestras inferencias no llegan nunca muy lejos y el siguiente ejemplo muestra cómo hemos procedido en un caso que propicia la confusión. Se trata del diálogo entre el barrendero de un palenque y Dionisio Pinzón. Primero copiamos aquí, con todas sus características, el “original” mecanográfico (es decir, la transcripción del original perdido de Rulfo realizada por la oficina de Barbachano):

Trai usted gallo pa'toparle a cualquiera, amigo.

Responde. Si...Sabe responder-fué la respuesta de Dionisio Pinzón que salió en busca de su “padrino”. Lo encontró en la cantina.

Este mismo texto aparece así en la transcripción publicada en 1980:

—Trai usted gallo pa' toparle a cualquiera, amigo.

Responde:

—Sí... *Sabe responder* —fue la respuesta de Dionisio Pinzón que salió en busca de su “padrino”. Lo encontró en la cantina.

Y nuestra transcripción:

—*Trai usted gallo pa toparle a cualquiera, amigo. Responde.*

—Sí... *Sabe responder* —fue la respuesta de Dionisio Pinzón, que salió en busca de su padrino. Lo encontró en la cantina.

Un “original” con inconsistencias debe ser objeto, inevitablemente, de una buena revisión, y así se hizo en 1980. Muchas de las correcciones fueron acertadas y las hemos conservado. Otras no fueron advertidas y las hemos realizado ahora. El ejemplo citado muestra una corrección que no eliminó un error del “original”, aunque una lectura cuidadosa puede fácilmente enmendarlo. Es lo que hicimos.

Ofrecemos, en esta misma edición, la transcripción realizada por Dylan Brennan del texto de Rulfo leído por Jaime Sabines en *La fórmula secreta*, la excepcional cinta de Rubén Gámez estrenada en 1965 y cuya valoración no cesa de crecer entre los conocedores. El mismo Brennan firma un texto, aquí incluido, sobre la película y el “poema cinematográfico” de Juan Rulfo.

Por último, y adelantando ahora algo sobre una nueva sección de este libro, por completo diferente, hemos decidido, con Douglas J. Weatherford, complementar esta edición con otros textos de Juan Rulfo que provienen de diversos momentos y han aparecido, todos, en algunas publicaciones de su obra. En un apartado especial, antecediendo esas narraciones y una carta, nos extendemos sobre la sección mencionada.

FUNDACIÓN JUAN RULFO

El gallo de oro

A_{MANECÍA.}

Por las calles desiertas de San Miguel del Milagro, una que otra mujer enrebozada caminaba rumbo a la iglesia, a los llamados de la primera misa. Algunas más barrían las polvorientas calles.

Lejano, tan lejos que no se percibían sus palabras, se oía el clamor de un pregonero. Uno de esos pregoneros de pueblo, que van esquina por esquina gritando la reseña de un animal perdido, de un niño perdido o de alguna muchacha perdida... En el caso de la muchacha la cosa iba más allá, pues además de dar la fecha de su desaparición había que decir quién era el supuesto sujeto que se la había robado, y dónde estaba depositada, y si había reclamación o abandono de parte de los padres. Esto se hacía para enterar al pueblo de lo sucedido y que la vergüenza obligara a los fugados a unirse en matrimonio... En cuanto a los animales, era obligación salir a buscarlos si el reseñar su pérdida no diera resultado, pues de otro modo no se pagaba el trabajo.

Conforme se alejaban las mujeres hacia la iglesia la reseña del pregonero se oía más cercana, hasta que, detenido en una esquina, abocinando la voz entre sus manos, lanzaba sus gritos agudos y filosos:

—Alazán tostado... De gran alzada... Cinco años... Orejano... Señalado en el anca... Fierro en ese... Falsa rienda... Se extravió el día de antier en el Potrero Hondo... Propio de don Secundino Colmenero. Veinte pesos de albricias a quien lo encuentre... Sin averiguatas...

Esta última frase era larga y destemplada. Después iba más allá y volvía a repetir el mismo estribillo, hasta que el pregón se alejaba de nuevo y luego se disolvía en los rincones más apartados del pueblo.

Quien así ejercía este oficio era Dionisio Pinzón, uno de los hombres más pobres de San Miguel del Milagro. Vivía en una casucha desvencijada del barrio del Arrabal, en compañía de su madre, enferma y vieja, más por la miseria que por los años. Y aunque la apariencia de Dionisio Pinzón fuera la de un hombre fuerte, en realidad estaba impedido, pues tenía un brazo engarrñado quién sabe a causas de qué; lo cierto es que aquello lo imposibilitaba para desempeñar algunas tareas, ya fuera en el trabajo de obras o en el cultivo de la tierra, únicas actividades que había en el pueblo. Así que acabó por no servir para nada o al menos para granjearse este juicio. Se dedicó pues al oficio de pregonero, que no necesitaba del recurso de sus brazos y el cual desempeñaba bien, pues tenía voz y voluntad para eso.

Nunca dejaba un rincón de San Miguel del Milagro sin su clamor, ya fuera trabajando por encomienda de alguien, y si no, buscando la vaca motilona del señor cura, que tenía la mala maña de arrendar para el cerro cada vez que veía abierta la puerta del corral del curato, lo que sucedía con demasiada frecuencia. Y aun cuando no faltaba algún desocupado que al oír la reseña se ofreciera para ir en busca de la mentada vaca, había ocasiones en que el mismo Dionisio se obligaba a hacer-

lo, recibiendo en cambio unas cuantas bendiciones y la promesa de ir a cobrar en el Cielo el pago de su acomedimiento.

Así y todo, con ganancia o sin ella, su voz no se opacaba nunca, y él seguía cumpliendo, porque a decir verdad no le quedaba otra cosa que hacer para no morir de hambre. Y aunque no siempre llegaba a su casa con las manos vacías, como en esta ocasión en que tuvo el compromiso de reseñar la pérdida del caballo alazán de don Secundino Colmenero, desde temprana hora hasta muy entrada la noche, hasta sentir que su pregón se confundía con el ladrido de los perros en el pueblo dormido; y como quiera que en el transcurso del día no había aparecido el caballo, ni hubo nadie que diera razón de él, don Secundino no le rindió cuentas hasta no ver a su animal sesteando en el corral, ya que no quería echarle dinero bueno al malo; pero para que el pregonero no se desanimara y siguiera gritando su pérdida, le adelantó un decilitro de frijol que Dionisio Pinzón envolvió en su paliacate y llevó a su casa ya mediada la noche, que fue cuando llegó, lleno de hambre y de cansancio. Y como otras veces, su madre se las arregló para prepararle un poco de café y cocerle unos “navegantes”, que no eran más que nopales sancochados, pero que al menos servían para engañar el estómago.

Pero no siempre le iba mal. Año con año, para las fiestas de San Miguel, se alquilaba para anunciar los convites de la feria. Y allí lo teníamos, delante de los sonoros retumbos de la tambora y los chillidos de la chirimía, ahuecando sus templados gritos dentro de una bocina de cartón, anunciando las partidas, los coleadores, las tapadas y de paso todas las festividades de la iglesia, día tras día del novenario, no sin dejar de mencionar los espectáculos de las carpas o algún ungüento bueno para todo. Mucho más atrás de la procesión que él encabezaba lo

seguía la música de viento, amenizando los ratos de descanso del pregonero con las desafinadas notas del Zopilote Mojado. El desfile terminaba con el paso de las carretas, adornadas de muchachas bajo arcos de carrizo y milpas tiernas.

Entonces era cuando Dionisio Pinzón se olvidaba de su vida llena de privaciones, pues caminaba contento guiando el convite, animando con gritos a los payasos que iban a su lado maromeando y haciendo cabriolas para divertir a la gente.

UNO DE ESOS AÑOS, quizá por la abundancia de las cosechas o a milagro no sé de quién, se presentaron las fiestas más bulliciosas y concurridas que había habido en muchas épocas en San Miguel del Milagro. De tal modo se prendió el entusiasmo que dos semanas después seguían rifando las partidas y las peleas de gallos parecían eternizarse, a tal punto que los galleros de la región agotaron sus perchas y aún tuvieron tiempo de encargar otros animales, cuidarlos, entrenarlos y jugarlos. Uno de los que hicieron eso fue Secundino Colmenero, el hombre más rico del pueblo, el cual acabó con su gallera y perdió en las dichas tapadas, además de su dinero, un rancho lleno de gallinas y veintidós vacas que eran toda su propiedad. Y a pesar de que al final recuperó algo, lo demás se le fue por el caño de las apuestas.

Dionisio Pinzón se las vio bien apurado para cumplir con tanto trabajo. Ya no de pregonero, sino de gritón en el palenque. Consiguió acaparar casi todas las peleas y los últimos días se le oía la voz cansada, mas no por eso dejó de anunciar a grito abierto los mandatos del Sentenciador.

Y es que las cosas habían ido tomando altura. Llegó la hora en que sólo se enfrentaban plazas fuertes, con asistencia de ju-